

Octavio Paz: la literatura y sus exilios

Manuel Quiroga Clérigo*

EL de Octavio Paz es un perfecto caso de exilio interior. Como miembro de la diplomacia mexicana, ya en 1950 había residido en dos países, Estados Unidos y Francia, que representaban por entonces los escenarios en que se iniciaba una revolución social y el movimiento surrealista. Sus consecuencias llegaron en ambos casos a los estallidos de 1968, época de los presidentes demócratas en Estados Unidos, según recuerda Eric Hobsbawm en su *Historia del siglo XX* (Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1995), el fin de De Gaulle en Francia y la matanza de Tlatelolco en la Plaza de las Tres Culturas mexicana. Desde 1962 el autor de *El laberinto de la soledad* (FCE, México, 1950) fue embajador de su país en la India, cargo al que renunció precisamente como protesta por la matanza citada que tuvo lugar el 2-10-68, por las órdenes directas o la dejación del Gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Esa renuncia supuso una toma de postura del intelectual y un alejamiento de las esferas políticas, pasando algún tiempo como profesor universitario en Estados Unidos y en Inglaterra y dedicándose a la

* Poeta y crítico literario. Madrid.

escritura. En 1976 regresó a México, desde donde ha llevado una intensa labor literaria con frecuentes viajes al extranjero, toma de posición ante las problemáticas de diversos países como Cuba, la Unión Soviética o Nicaragua y sintiéndose parte de todos los exilios aunque luchando contra ellos con un poder enorme y escasamente feroz, como es el poder de la palabra. Esos exilios, sin embargo, dieron unos frutos preciosos y que son la herencia que el mundo de habla española, y la cultura universal, reciben en el desgraciado momento de su muerte.

Historia de nuestro siglo

EN la primavera de 1996 Octavio Paz visitó Madrid. Su conferencia de la Biblioteca Nacional en torno a Quevedo contó con una asistencia fervorosa, multitudinaria. Tuvimos ocasión de contemplar a un Octavio Paz cansado, aún no demasiado envejecido. Parece ser que a partir de esa fecha comenzó su deterioro físico. Ha sido Paz un importante testigo de nuestro tiempo, pues no sólo ha vivido una parte amplia de la historia del siglo XX. Nació en la ciudad de México el 31 de marzo de 1914 y en la misma y elefantisíaca capital murió el 19 de abril de 1998. Su dedicación a la diplomacia no le impidió otra más destacada en toda su existencia: la literatura. Su obra es amplísima, la mayor parte recogida en libros, cosa que no siempre sucede en el caso de los grandes pensadores contemporáneos, de quienes retazos excelentes de su pensamiento quedan dispersos en revistas, periódicos y otros medios de comunicación sin que, producto de la prisa y de las incitaciones comerciales, pasen a las bibliotecas para estudio y solaz del futuro. Son los volúmenes de *Libertad bajo palabra*, de 1958, *Salamandra*, de 1962, y *Ladera Este*, de 1960, que se unen a *Vuelta*, como expresión de su poesía, luego recogida en *Poemas (1935-1975)* que publicó Seix Barral (Barcelona, 1979). Su obra ensayística es más extensa, muy documentada y rigorista. No pretende este comentario citar cada uno de los títulos que produjo este intelectual diverso y, tal vez demasiado, influyente tanto en la cultura de su país como en las letras del amplio mundo que habla español. Sin embargo, sí podemos referirnos a un título de 1956, *El arco y la lira* (FCE, México) donde escribía sobre poesía, inspiración, novela o historia, sin olvidar unos interesantes trabajos en tres apéndices que se han convertido en clásicos para comprender el pensamiento, la capacidad reflexiva y la labor intensa de tal autor. Él mismo, ante la segunda edición del libro, escribía (Delhi, mayo de 1967): «*La inmovilidad es una ilusión, un espejismo del movimiento; pero el movi-*

miento, por su parte, es otra ilusión, la proyección de Lo Mismo que se reitera en casa uno de sus cambios y que, así, sin cesar nos reitera su cambiante pregunta —siempre la misma». Sus escritos son una ventana abierta al conocimiento, a la realidad creativa, a los universos que apasionaron a tan ilustre lector. «*La poesía es revelación de la condición humana y consagración de una experiencia histórica concreta. La novela y el teatro modernos se apoyan en su época, incluso cuando la niegan. Al negarla, la consagran. El destino de la lírica ha sido distinto. Muertas las antiguas deidades y la misma realidad objetiva negada por la conciencia, el poema no tiene nada que cantar, excepto su propio ser. El poeta canta al canto. Mas el canto es comunicación. Al monólogo no puede suceder sino el silencio, o una aventura entre todas desesperada y extrema: la poesía no encarnará ya la en la palabra sino en la vida. La palabra poética no consagrará a la historia, sino que será historia, vida*».

Apasionado de la literatura, de la filosofía y de la vida, Octavio Paz se convierte en un humanista, en un defensor de las causas justas y en un ser enfrentado a las injusticias y, sobre todo, a quienes producen o auspician estas injusticias, tiñendo de sangre las ilusiones de la juventud o negando las libertades de los pueblos oprimidos. En un libro, que recoge al tiempo su indagación en torno al ser humano y sus creencias y su estudio sobre las vanguardias y determinados autores de este siglo, nos habla de religión y política o de las revoluciones que nos han conducido a esta edad confusa. Se trata de *Los hijos del limo* (Seix Barral, Barcelona, 1974). «*¿Cómo se llamará en el futuro la época moderna? Para resistir a la erosión que todo lo borra, las otras sociedades decidieron llamarse con el nombre de un dios, una creencia o un destino: Islam, cristianismo, imperio del Centro... Todos estos nombres aluden a un principio inmutable o, al menos, a ideas e imágenes estables. El nombre divide al mundo en dos: cristianos-paganos, musulmanes-infieles, civilizados-bárbaros, toltecas-chichimecas... nosotros-ellos. Nuestra sociedad también divide al mundo en dos: la moderno-lo antiguo*». Los interrogantes que quedan en su obra han sido la mejor excusa para penetrar en los recovecos de quien fuera galardonado con tantos premios: es que no sólo los escritos de Octavio Paz, su amplia dedicación a la docencia universitaria y su gran capacidad como conferenciante y viajero le han depurado una extensa vitalidad a lo largo de muchas décadas. Con *La llama doble. Amor y erotismo* (Seix Barral, Barcelona, 1995) aparece el pensamiento de madurez, de una elegante madurez, igual que *Vislumbres de la India* (Seix Barral, Barcelona, 1995) nos habla del hombre, de su condición como ser-para-la-vida, la gran preocupación de la filosofía. En este, llamado, «ensayo unitario» el escritor mejicano nos habla tanto de su experiencia en aquel país como embajador como de esa enorme «complejidad nacional religiosa e histórica» que tanto inquieta a Occidente y que es, y ha sido, continua preocu-

pación de quienes han viajado a tan misterioso como desgraciado país. «Asistimos hoy —escribe Paz— al final del siglo, a la resurrección de pasiones, creencias, ideas y realidades étnicas y psíquicas que parecían enterradas. El regreso de la pasión religiosa y del fervor nacionalista esconde un significado ambiguo: ¿es la vuelta de los demonios y los fantasmas que la razón había exorcizado o es la revelación de verdades y realidades profundas, ignoradas por nuestras orgullosas construcciones intelectuales? No es fácil responder a esta pregunta. Lo que sí puede decirse es que la resurrección de los nacionalismos y los 'fundamentalismos' (¿por qué no llamarlos con su verdadero nombre: fanatismos?) se ha convertido en una amenaza de la paz internacional y de la integridad de las naciones». En esta breve recapitulación de quien fuera galardonado con el Premio Cervantes en 1981 y con el Nobel nueve años después no podía faltar una referencia a *Primeras letras* (Seix Barral, Barcelona, 1988), pues este volumen recoge gran parte de la obra de juventud de Octavio Paz, es decir, escritos que datan de una porción de años que van de 1931 a 1943 y de los cuales el propio autor decía: «Estas páginas son el testimonio de los años de aprendizaje de un joven enamorado de la poesía y de la literatura». Son simplemente un legado de amor.

«Vuelta»: Octavio Paz, poeta

TRAS una prolongada ausencia de su país, época en la que vivió en Europa y Oriente, Octavio Paz dio a la imprenta un conjunto de poesías bajo el título de *Vuelta* (Seix Barral, Barcelona, 1976) que recoge su producción de 1969-1974 en los ámbitos líricos. Ya configurado como un poeta elegante, imaginativo y vitalista, Paz lleva a este libro versos de unas especiales características. El hilo conductor sería la vuelta, el regreso, a su ciudad natal, y también una especial dedicatoria a amigos y experiencias que, por entonces, forman parte del devenir del autor. Este libro que dio nombre, además, a una documentada y apreciada revista cultural que se sigue editando y que cuenta con primeras firmas de la literatura y la cultura en nuestra lengua, es una muestra, exquisita, de los mundos que por entonces estaban cerca de Octavio Paz, cuya poesía ha seguido siendo apreciada y estimada en todo el ámbito del español. El poema central dice:

*«Voces, al doblar la esquina
voces
entre los dedos del sol
sombra y luz*

*casi líquidas.
 Silva el carpintero
 silva el nevero
 silvan
 tres fresnos en la plaza.
 Crece se eleva el invisible
 follaje de los sonidos.
 Tiempo
 tendido a secar en las azoteas.
 Estoy en Mixcoac.
 En los buzones
 se pudren las cartas.
 Sobre la cal del muro
 la mancha de la buganvilla
 aplastada por el sol
 escrita por el sol
 morada caligrafía pasional.
 Camino hacia atrás
 hacia lo que dejé
 o me dejó.»*

No sólo por la concesión del premio Nobel, por su labor diplomática, por sus conferencias y cursos dictados en diversas universidades norteamericanas o por su profunda reflexión en torno a la literatura y la sociedad, quedará la figura de Octavio Paz enmarcada en el ámbito de la intelectualidad más apreciada. Su valor como poeta es inmenso y los propios versos de *Vuelta* lo atestiguan, sin recurrir a su posterior producción repleta de inspiración y de imágenes.

*«La poesía,
 como la historia, se hace;
 la poesía,
 como la verdad, se ve.
 La poesía: encarnación
 del sol-sobre-las piedras en un nombre,
 disolución
 del hombre en un más allá de las piedras.»*

Paz, camino de la eternidad, nos deja una producción lúcida, inquietante.